

CAPITULO II.

La lectura.

La entrevista entre Inés y D. Emilio, se redujo á hablar de las disposiciones necesarias para la union de Clotilde con Duval.

Inés expuso algunas sólidas razones para no violentar la voluntad de la inocente huérfana, y se retiró á su gabinete cuando el sol se habia hundido completamente en el ocaso.

La estancia se encontraba iluminada ya por la brillante luz de un bellissimo quinqué, colocado en una rica mesa redonda, situada en medio de la pieza.

Llena de ansiedad y de amoroso anhelo se dirigió Inés á la rica cómoda, abrió el

aromático cajoncito en que habia guardado el cuaderno; lo tomó con profunda emocion en sus manos, se sentó junto á la mesa, y vió que estaba concebido en estos términos.

“Apuntes de lo que sufre en su oscura prision el coronel Ricardo Guzman, escritos por él mismo.”

“Cuautitlan, 20 de Abril de 1829, á las cuatro de la mañana.—Acabo de ser reducido á prision despues de haber andado prófugo, temiendo caer en manos de mis enemigos: tal vez dentro de poco seré sentenciado á muerte sin que haya cometido ningun delito. ¡Oh....! ¡no lo siento por mí....! Pero me atormenta la idea de lo que sufrirá mi idolatrada Inés al saberla.... ¡Me ama tanto....! ¡es tan buena....! ¡Morir sin decirle adios, sin estrecharla contra mi corazon y decirle que muero amándola.. ¡Oh....! ¡este es el pesar mayor para el que solo vive y alienta por ella....!”

La hermosa sintió agolparse á sus ojos las lágrimas que á su pesar descendieron por su semblante, humedeciendo el ensan-

grentado papel: esperó un momento á que el llanto permitiese distinguir los caracteres, y luego continuó leyendo.

“Dia 21 á las doce de la noche: No sé en qué pueblo estoy: cuando yo creí que me sacaban á ser fasilado, me ví metido en una litera y he caminado sin saber por dónde: al bajar de ella me han vendado los ojos, no han dejado acercarse á nadie á hablarme, y me han encerrado en un cuarto: el hombre que me ha servido la comida es un extranjero de aspecto fiero, que no me ha dirigido una sola palabra. ¡Qué será de mi pobre Inés....! ¡Creerá que no me acuerdo de ella....? ¡qué me he olvidado acaso....! No; yo no puedo olvidar á la que es mi vida; al ángel cuyo recuerdo dulcifica los amargos instantes de mi horrible soledad...! No, Inés: desde donde quiera que esté, mi pensamiento cruza los espacios y te sigue amoroso, como el único bien de la tierra: mi alma vuela á encontrarte para decirte que te ama.... ¡que te amaré siempre....! ¡Me olvidará ella acaso....? ¡Oh....! no: ¡me ha dado tantas pruebas de su amor...!”

Inés sintió oprimírsele el pecho con la superabundancia de tiernos sentimientos que embargaban su corazón, y suspendió un instante la lectura, para poder respirar con libertad: aquellos renglones encerraban para ella un manantial de tiernos y dolorosos afectos, que llevaban el llanto á sus divinos ojos. La hermosa llevó á ellos el fino pañuelo, y continuó leyendo.

“Dia 22 á las dos de la madrugada: Acabo de despertar de un sueño delicioso, y me he levantado para consignarlo en este cuaderno, que es el único amigo en quien deposito mis mas tiernas afecciones y mis mas íntimos pensamientos. He visto á la mujer que amo; he oido sus dulces palabras y he estrechado su mano entre las mias... ¡Ah...! ¡por qué ha desaparecido tan breve la ilusion, para dejarme sumido en la amarga realidad de mi desgracia....! ¡Era tan dulce mi sueño, que quiero imprimirlo sobre el papel para saborear sus quimeras, en tanto que formo mis pobres caracteres. He aquí minuciosamente descrito, acompañado de las dulces reflexiones que me animan

al pensar en sus delicias. Inés, si algun día hace Dios que llegue á tus preciosas manos este desaliñado escrito, mira en cada una de sus letras un dulce amigo consolador de mi infortunio.

¡Fué un ensueño!

I.

Era la noche: yo gemia preso en la estrecha prision de un húmedo edificio: mi pensamiento acariciaba la imágen de una mujer hermosa: mis lábios repetian á cada instante el nombre de Inés, mas dulce para mi corazon que el néctar de las flores para la susurrante abeja: soñaba en el término de mi felicidad y en la horrible muerte á que me creia condenado, cuando de repente me ví rodeado de los soldados que guardaban mi prision, que me condujeron á un sitio sombrío para privarme de la vida: al verme de rodillas, y pronto á ser ejecutado, saqué de mi pecho una pequeña cruz de oro con el divino Salvador espirando en ella, prenda adorada de la hechicera mujer que amaba; y abrazándome con toda fé al signo de

la redencion, recé interiormente con el mas vivo fervor, para que Dios me perdonara mis culpas: de repente sentí el ruido de las llaves que se preparaban; un sudor frio corria por todo mi cuerpo; mis lábios imploraron el amparo de la Santísima Virgen, y á los pocos instantes sentí que mis sesos habian saltado por el suelo despedazados por el plomo. Pero ¡oh sorpresa! en vez de la oscuridad á que yo creí que iba á pasar de esta vida; en vez de las sombras y de las negras cavernas, ví debajo de mis piés, pero á una distancia infinita, un abismo de luz desconocida, sublime y suave: á mi derredor esplendorosas nubes que parecian impulsadas por celestiales séres; y sobre mi cabeza un cielo nítido, puro y resplandeciente, del cual descendian las armonías mas tiernas y mas dulces: yo sentí bañado mi corazon de una superabundancia de felicidad indecible, y probé la infinita dicha que no le es permitido al hombre disfrutar en la tierra.....! ¡Oh.....! ¡cuán hermoso era aquel cielo, cuyo resplandor deslumbraba mis ojos.....! Yo me sentia suspendido en

los aires, pero tan dulcemente, como cuando la reina de las aves, extendiendo sus alas, se cierne blandamente contemplando la tierra. De repente me sentí impulsado suavemente por las embalsamadas atras que llevaban hácia el empíreo la cruz de la que yo iba abrazado, como se eleva un globo al impulso del gas que lo levanta hácia el éter. Yo no sé qué revolucion se efectuó en mi naturaleza desde que creí que habia abandonado el mundo. . . . El ambiente que respiraba era tan grato, que se dilataba el alma en un mar de deleites inefables, que le alimentaban como alimentaba á los dioses la ambrosía en el Olimpo. En el inmenso espacio que atravesaba, no habia estrellas, sino blancas nubes que, al acercarme á ellas, se abrian vaporosas para rodear la cruz, dejando salir de su centro una deliciosa armonía, y colocándose luego á los lados en caprichosas formas para sostener el signo de la redencion. Yo bajé los ojos para medir la distancia que me separaba de la tierra; pero solo ví el vacío, y debajo de él mil y mil nubes de vivos y variados colo-

res que corrian con una velocidad indecible, ya elevándose, y ya descendiendo como las espumosas olas del mar sacudidas por el fuerte viento que las hincha y altera. Asombrado con lo que me pasaba, alcé los ojos, y descubrí á lo lejos, en ángulo obtuso, pero á una distancia incalculable y sin guarismo, una magnífica ciudad, llena de aéros palacios, de hermosos templos, y de soberbios alcázares de una arquitectura fantástica; pero llena de belleza y valentía, que se oscilaba mansamente, cual si edificada estuviera sobre las resplandecientes nubes ó sobre la luz que en todas direcciones se extendia y que bañaba suavemente la creacion entera. Aunque á distancia tan considerable, mis ojos, favorecidos por la claridad de aquella luz que hacia percibir los mas pequeños objetos, alcanzaron á ver multitud de personas de una belleza sobrenatural, que se asomaban á unos elegantes, altísimos y espaciosos balcones, admiradas de ver llegar á un personaje de la tierra. No tiene el idioma humano palabras para expresar el número de sensaciones tiernas

que mi corazón gozó en aquel momento: iba á llegar tal vez á la mansion de Dios: iba á presenciar la belleza incomparable de la Madre del Salvador, y á inundarme con su amor, porque yo ignoraba el lugar que el Eterno habia destinado á mi alma. Un temor religioso, pero dulce y tierno, como era dulce y tierno todo lo que allí sentia el alma, se apoderó de toda mi existencia; y á medida que me aproximaba á aquella ciudad santa, inundada de una luz diáfana y pura, se aumentaba tambien ese placer inefable, todo espiritual, todo religioso y puro, que experimenta el justo cuanto mas se separa de la tierra para acercarse á Dios. Conocia que una fuerza eléctrica me conducia hácia mi centro, y que la tierra no es mas que un punto en que se ha detenido por un momento el hombre, para rodar despues con mas fuerza hácia su centro, que es la eternidad, hácia la cual me parecia que me llevaban. Si grandiosa me pareció la aérea ciudad cuando por primera vez la descubrí á lo lejos, al llegar á ella, mis ojos quedaron absortos de tanta magnifi-

cencia. Era una ciudad de calles rectísimas, anchas como el cielo que vemos sobre nuestras cabezas, compuesto el pavimento de nubes tersas, blancas y llenas de luz, que la planta no sentia debajo de ella; de templos elevadísimos, cuyas puertas iban á perderse, lo mismo que las finas y delicadas columnas que los adornaban, en un cielo purísimo de plata. Los edificios eran de una materia trasparente y brillante, de una arquitectura extraña y sublime; de puertas altísimas y anchas, sostenidas por columnas exquisitas y elevadísimas, de una materia desconocida á los mortales, pero trasparente y hermosa, aun mucho mas que la que se notaba en los edificios. Era una ciudad aérea, inundada por todas partes de luz y de belleza. Desde allí abarcaba la vista todo el espacio: desplegábase bajo mis piés la naturaleza entera, y ante mis ojos la creacion sin límites perdiéndose en el resplandeciente horizonte, bañado por la luz divina de un cielo sin término ni fin.

Sobre las nubes que en el abismo contemplaba, sobre los templos, sobre los al-

cázares y sobre cuanto la vista alcanzaba á descubrir, mandaba el sol sus esplendentes rayos, tiñendo la sublime perspectiva de nítidos y llameantes resplandores: parecia que un mundo de luz, pero suave, dulce, fresca y resplandeciente, acababa de salir de las manos del Criador, para que un nuevo Adán viniera á gozar de su hermosura. Mi alma se sumergia toda entera, con un placer indecible, en un océano de eterno amor, que la elevaba hasta el trono del Señor.... ¡Oh! ¡aquello era hermoso....! ¡aquel era un goce sin medida.... una dicha sin guarismo.... y una eternidad de bienaventuranza....!

Agobiado por el exceso del placer, dirijí mi vista hácia las ventanas y elegantes balcones que desde abajo habia visto llenos de gente, esperando descubrir al dulce objeto que hacia latir mi corazón; al ángel que esperaba encontrar en mi delicioso camino, á la bellísima Inés, cuya seductora imagen se asociaba á todas mis ideas; pero ya nadie estaba en ellos; por todas partes reinaba el silencio y la soledad; pero aquel silen-

cio y aquella soledad tenían para mí algo de sublime, algo de celestial, y algo de incomprendible felicidad. ¡Qué país será este? me preguntaba á mí mismo. ¡Es la mansion de los ángeles que han dejado el mundo á penas pisaron sus abrojos, la de los escogidos que han pasado una vida de tribulaciones y de miseria, ó la de los tiernos amantes, donde me espera la angélica mujer de mi cariño....?

En este caos de dudas me encontraba, cuando descubrí en el extremo de una calle que se extendia á mi izquierda, un fiel amigo, con quien habia tenido estrechas relaciones en el mundo antes de abandonarlo.

Aquel encuentro me llenó de indecible gozo: era una recomendable persona iniciada en el secreto de mis amores, y corrí hácia ella para preguntarle por Inés, que era el bello ideal de mi esperanza. Al verme, la sorpresa de mi leal amigo fué igual á la que yo habia experimentado, y echándome los brazos exclamó:

—¡Qué poderoso motivo te ha conducido á estas apartadas regiones?

Yo que sentia mezcladas en halagador consorcio algunas vagas ideas de la tierra con otras apacibles, creaciones recientes de mi exaltada fantasía; yo que asociaba sin violencia en aquel vagaroso instante las variadas escenas de mi pasada vida con las dulces y fantásticas que me presentaba la eternidad; que amalgamaba sin esfuerzo la vida con la muerte, el cielo con la tierra, lo eterno con lo frágil y perecedero, y el dulce objeto de mi amor con todos los objetos que me rodeaban, le contesté:

—La envidia de los hombres me ha desterrado del mundo, y Dios me conduce á la mansion en donde habita la mujer que adoro.

—Sí; á la grata mansion de los escogidos. Me respondió con una voz armoniosa que bañó mi alma de angélica felicidad.

—Pero dime, venturoso amigo, ¿qué bella region es esta adonde he sido colocado de una manera que excede á mi limitada comprension?

—Este es el planeta Saturno.

—¿Estoy en el planeta Saturno.....!

—Sí, amigo mio; en el planeta Saturno.

Yo no sé qué especie indefinible de asombro y de sorpresa se apoderó de mí al escuchar aquellas inesperadas palabras.

—¿Y existe aquí, por ventura, el ángel de mis ensueños?

—Sí; vive en este planeta, en aquel espacioso palacio que oscila en medio de las nubes, y en donde llora sin consuelo tu prolongada ausencia.

—¿Llora, llora por mí....!—exclamé profundamente conmovido:—¡Ah.....! ¡yo tambien lloro y he llorado por tí, mi idolatrada Inés.....! Pero no me culpes por mi tardanza, vida mia.... los pérfidos hombres, los enemigos de mi felicidad me han separado de tí, me condujeron á una oscura prision de donde no podia escribirte; prision húmeda y estrecha que he regado abundantemente con mi llanto, consagrado á tu memoria.....!

—Llanto de amor que el cielo recompensará con interminables venturas. Sígueme, querido amigo, á la mansion en que habita

el bello sér de tu cariño, donde te aguardan las inefables delicias de los bienaventurados.

Yo seguí con religioso silencio á mi bondadoso guía, en cuyos apacibles ojos veía impresas la pureza del corazon y la grata sencillez y benevolencia de un alma sin mancilla.

II.

Apenas habian trascurrido algunos instantes en nuestra marcha, cuando mi servicial amigo detuvo el paso enfrente de un suntuoso palacio de maravillosa arquitectura, adonde llamó por medio de una aldaba, que representaba un ángel con alas de zafiro. Las paredes eran de una materia trasparente y brillante, en que estaban incrustados, formando graciosas y caprichosas labores, las esmeraldas, los rubíes y los diamantes: las puertas eran de oro resplandeciente y de caprichosa forma; los espaciosos balcones de bruñida plata, con barrantal de preciosas amatistas y finos ba-

laustres de blancas perlas y de azules turquesas.

Aun no volvia yo de mi admiracion, cuando ví que se abrian por sí solas las auríferas puertas, girando blandamente sobre riquísimos goznes de diamantes. Cuatro hermosas jóvenes, envueltas en elegantes y airosos ropajes blancos, y un anciano de respetable fisonomía y varonil presencia, yacían muellemente sentados sobre blandas hotomanas, en medio de un delicioso patio cubierto de naranjos y limoneros, que exhalaban un delicado aroma que embalsamaba la atmósfera.

Al verme, se levantaron con una suavidad vaporosa, se acercaron á mí con la mayor afabilidad y me saludaron, pero de una manera tan tierna y tan afable, que yo me sentí conmovido hasta lo mas íntimo del alma. Mi fiel amigo, lleno de bondad y de ternura, les refirió entonces quien yo era, y al escuchar que era un sér que acababa de abandonar la tierra, me prodigaron atenciones que me dejaron enagenado de felicidad.

Habia en los rostros de aquellos séres

tanta bondad, tanto candor, tanta inocencia y tanta franqueza y hermosura, que, desde el instante mismo inspiraban cierta confianza respetuosa, cierta mezcla de ternura y de consideracion, que encantaban, y que en vano trataria de pintar el mas distinguido escritor.

Pasados los primeros momentos de agradable sorpresa, el respetable anciano nos invitó á que pasásemos á un pintoresco jardin que en el mismo palacio habia, donde deseaba escuchar de mi boca algunas particularidades de la tierra que acababa de abandonar. Entonces dos de las jóvenes se acercaron á mí con aire gentil y magestuoso porte: apoyaron sus torneados y blancos brazos sobre mis hombros con una confianza pura y tierna, y colocándome en medio de ellas me condujeron al hermoso jardin. Embriagado de dicha al contacto de aquellas formas hechiceras, y al aspirar el balsámico aliento que exhalaban sus purpúrnos lábios, dirijí mi adormecida vista á la que mas dulcemente se apoyaba, y ví atónito de placer y de ventura, pero sin com-

prender cómo se habia verificado aquel encanto, que era mi dulce compañera, la bellísima Inés, que se sonreia de felicidad, mirándome con profunda y angélica pasion. ¡Oh....! ¡nunca he sido mas dichoso que en aquel instante....! ¡Mis ojos estaban fijos en los suyos, en donde temblaban brillantes lágrimas de amor....! ¡mi amante corazon sentia los latidos del suyo virginal y cariñoso, y nuestro aliento se mezclaba como se mezclaban nuestras apasionadas almas....! ¡Inés, ángel de consuelo y de esperanza, de quien me separan los hombres, tu imágen es el bálsamo que suaviza los ínferos tormentos que oprimen mi pecho en la oscura prision en que me encuentro....!”

La hermosa mujer se ejugó algunas lágrimas que bañaban su celestial semblante, y continuó leyendo.

“Así, dulcemente enlazados, y expresando en la mirada los mas íntimos afectos del corazon, penetramos venturosos en el ameno jardin, donde nos aguardaban deferentes

mi leal amigo, el venerable anciano y las otras hechiceras jóvenes.

Cuanto nos han contado de lo hermoso del Paraiso, quedaba muy atras de lo que mis ojos contemplaron al entrar en aquel pensil de flores y delicias. Era un delicioso Eden, cuyos límites no alcanzaba á descubrir la vista del mortal: árboles de las mas delicadas frutas, desconocidos en la tierra, formando calles rectísimas que se iban á perder en el horizonte, partian en todas direcciones del centro del jardin, formando una estrella: flores de los mas raros colores y de las mas caprichosas formas, pero de un aroma celestial, embalsamaban una atmósfera llena de luz: cascadas aéreas, colocadas sobre oscilantes nubes, se precipitaban sobre fuentes de bruñido y diáfano cristal que, despues de recrear la vista con sus primorosos surtidores, dejaban correr sus claras linfas sobre una matizada alfombra de exquisitas y delicadas rosas: mil y mil pájaros de raro y brillante plumaje cruzaban el inmenso espacio cantando de una manera armoniosa y desconocida. Pero lo

que mas me sorprendia era el ver que aquellos árboles, y aquellas fuentes, y aquellas flores, y hasta el mismo jardin, descansaban sobre la luz que envolvía toda la naturaleza: luz pura y diáfana que no molestaba con sus rayos, y que jamás llegaba á nublarse.

Embriagado con el exceso del placer, dirijí mi vista adormecida con la superabundancia de felicidad, hácia una deliciosa glorieta, donde en inocentés juegos se divertian mil y mil jóvenes hermosas, vestidas todas de blanco, símbolo de su pureza, mas bellas que las ninfas que nos describen los poetas, y que las hurís que adornan el Eden de Mahoma.

Embebecido con lo que á mis ojos contemplaba, y admirado de la dulce armonía que reinaba en los dichosos habitantes de aquella magnífica mansion, en que imperaban la virtud y la tranquilidad, supliqué al venerable anciano se dignase darme á conocer la historia de aquel bellissimo planeta, cuyos séres participaban de la celestial hermosura de los ángeles de la gloria.

Entonces él, con una amabilidad sin lími-

tes, que se revelaba en su simpática y respetable fisonomía, nos invitó á descansar sobre una alfombra de fragantes flores; tomó asiento en un blando sofá, formado por la naturaleza y matizado de blancas y exquisitas rosas; Inés se sentó á mi lado; yo acaricié una de sus blancas y torneadas manos, y fijando en mí sus bellísimos ojos, con una ternura celestial que conmovió todo mi sér, escuchamos, tiernamente elazados, la sonora y armoniosa voz del respetable anciano, que habló de esta manera.

Saturno, despues de haber gobernado sábiamente las tierras del Lacio en que reinaba Jano, y de haber introducido la paz, la industria y la riqueza en los pueblos, alcanzó de Júpiter, por favor especial, el trasladarse con su familia á este planeta que hoy lleva su nombre, para que lo gobernase y engrandeciese. Sábio y previsor, para alcanzar los altos fines de bien social, desterró el uso de los viñedos y de toda planta que pudiese producir el torpe vicio de la embriaguez; hizo que no tuvieran valor ninguno el oro y la plata; prohibió el uso y la

fabricacion de las armas; exigió, bajo penas las mas severas, que se desterrase el excesivo lujo de la sociedad, y cuidó de que todo individuo se educase en la creencia religiosa y en la práctica de las virtudes. Celoso de la pureza de costumbres, cerró las puertas de su reino á todos los séres de la tierra, y solo las dejó abiertas para los tiernos amantes que, perseguidos y desgraciados en el mundo, buscasen un consolador asilo donde vivir felices. Sí; en esta mansion de paz y de inefables delicias, solo penetran las almas puras y sensitivas que viven de amor, pero de amor íntimo, desinteresado y sin término, como el que abraza el candoroso pecho de tu angélica Inés, y el tierno corazon que late dentro de tí mismo. Aquí hallarán término vuestras penas, y principio sin fin vuestra felicidad. . . .! La Honestidad, que habita en un modesto alcázar en medio de esta ciudad flotante, presidirá vuestro anhelado enlace; las Gracias velarán por vuestra eterna juventud, é Hime-neo os unirá para siempre en sus bellísimos altares.

Y al decir esto, la hermosa jóven que yo amaba, la celestial Inés, fijó en mí sus ojos, pero de una manera que me hizo estremecer de dicha: me habló de amor, y el sonido de su voz era tan dulce y armonioso, que adormecía el corazón, dejándole en un éxtasis delicioso. Yo la contemplaba como á un sér sobrehumano; sobre su cabeza me parecía descubrir una aureola divina que la rodeaba; en su hermosa y espaciosa frente habia algo de luminoso y de celestial; en su rostro se notaba un resplandor indefinible y no sé qué de divino, que seducía, y cual si su dulce aliento fuera un fluido magnético, me tenia encadenado á ella, y sin fuerzas para separarme de su lado.

Y no solo en ella, sino en todas las personas que me rodeaban, veía yo aquel mismo resplandor que parecia envolver sus vaporesos cuerpos; aquel mismo aire de candor y de pureza, propios de los que habitan las regiones inmortales, y unos movimientos tan leves y suaves como el de la superficie del mar cuando yace en calma y siente los halagos de las ligeras brisas. Yo llegué

á conocer allí la esencia de las cosas, de las cuales solo habia en el mundo la apariencia: tenia descornado ante mis ojos el velo de la creacion, y comprendia sin esfuerzo los misterios de la vejetacion y del lazo salvador que une á los mortales con el Eterno....! Allí ví de cerca ese mundo de luz, un sol purísimo y fulgente, que en nada se parece al sol que alumbra nuestro planeta, porque el sol del mundo es opaco y triste; su luz es oscura y dudosa, como el porvenir del hombre, mientras el sol que yo he visto en mi feliz ensueño, tiene una mezcla de luces radiantes, y siempre diáfanas, una magnitud que abraza todo lo creado, y unos rayos tan dulces y agradables como la esperanza del justo.

Entonces compadecí á los hombres, porque entonces me convencí de sus delirios y de su ignorancia, de su orgullo y su miseria, de sus altas pretensiones y su ningun saber; y conocí que la tierra no era mas que un continuado quejido de angustia, un antro de dolores, un valle de lágrimas y de tinieblas, envuelto en la oscuridad de la ter-

rible duda, donde todo gime, el hombre y la naturaleza,....!

¡Y aun los habitantes de este planeta se juzgan pecadores.....!—pensé yo interiormente.—¡Ah....! ¡cuán perfectos serán los espíritus que rodean el trono del Señor....! ¡En qué mundo de corrupcion he vivido hasta ahora....! ¡Ahora conozco que para ser feliz es preciso acercarse á Dios....! ¡Aquí me encuentro mas cerca de él, y ya soy bueno....! Pero yo pertenezco á los séres degradados de la tierra, y no soy digno de habitar entre los justos séres de este planeta.

—He leído vuestro pensamiento—me dijo el venerable anciano;—pero os habeis engañado: habeis defendido la religion y habeis vertido por ella vuestra sangre: habeis practicado la virtud y habeis amado con pasion pura, desinteresada y tierna á la jóven cuyo brazo enlaza vuestro cuello. Ved, pues como recompensa Dios las buenas obras practicadas por el hombre: ved ahí el altar donde os espera la dicha inefable á que aspirábais....

Yo fijé mis ojos en el sitio que con su resplandeciente dedo me señalaba, y quedé asombrado y herido de un religioso pavor.

Un mirífico altar, sostenido por alados ángeles, velados por blancas y transparentes nubes, dejaba ver á su pié la respetable forma de un venerable sacerdote, envuelto en cándidas vestiduras: una cruz de tosea madera, donde yacía el Cuerpo del Divino Salvador enclavado, se veia suspendida en los aires, y rodeada de arcángeles y querubines, que cubiertos con sus resplandecientes alas le adoraban de hinojos; pero de aquella cruz, de rústica madera, salian tan vivos resplandores de luz divina, que difundian en el alma sentimientos desconocidos, de una ternura religiosa indecible. Sobre la preciosa cabeza del Señor se descubria una aureola de suavísimos resplandores que iluminaban su corona de espinas, que comunicaban su exquisita brillantez á los grupos de ángeles que, suspendidos en los aires, entonaban el canto de la redencion del mundo de una manera dulce, armoniosa y melancólica. ¡Qué espectáculo tan grandioso....! Aque-

llos celestiales séres que cercaban el árbol de la vida, regado con la sangre del Eterno, eran de una belleza indescribible, y sus delicados contornos tan fuera del alcance de la comprension del hombre, que los que fingen los pintores y los poetas, no llegan á ser ni un borron, ni un punto, ni la mas ligera imitacion de aquellos ángeles divinos de divinas formas que absortos contemplaban mis ojos. ¡Cómo pintar aquellas formas celestiales, llenas de pureza, que respiran candor, y un amor santo, puro, eterno, al Criador del universo...! ¡Cómo pintar aquella luz nítida y suave que está unida á sus mismos cuerpos...! ¡Cómo expresar aquellos bellísimos ojos que están siempre fijos en Dios, como el objeto único de sus delicias...!

Aun no volvía yo de mi religioso asombro, cuando ví acercarse á mí al númen de la Piedad y de la Providencia, que uniendo bondadosas mi mano con la blanca de la pudorosa Inés, nos condujeron al pié de los altares. El venerable sacerdote nos envió una mirada de profundo amor, iba á enla-

zarnos para siempre.... cuando un ruido desapacible vino á destruir mi ensueño....! ¡Ah....! me volví á encontrar solo, en una húmeda prision, lejos del objeto amado y al frente de un hombre de prolongada barba y aspecto severo."

Inés se sintió conmovida, se enjugó algunas lágrimas que asomaban á sus ojos, iba luego á continuar la lectura, pero la suspendió y guardó el cuaderno al ver entrar á la criada, diciéndola que la estaban esperando para cenar.